

Félix Krueger y su aportación a la psicología actual

EUGENIO PUCCIARELLI
Universidad Nacional de La Plata

En la vida intelectual argentina gravitan algunas influencias, incorporadas ya al acervo espiritual de nuestra tradición universitaria, que sería injusto relegar en olvido. Por eso, los hombres que han tenido en sus manos la organización de este Congreso han dispuesto que se recuerde, y valga el recuerdo como un homenaje, a filósofos que han tenido actuación personal en nuestras Universidades. Al lado de los nombres de Alejandro Korn, que cubre él solo, original y profundo, con su obra y su ejemplo, un período del pensamiento argentino que podría denominarse el idealismo crítico, y de Coriolano Alberini, el sagaz crítico del positivismo, que contribuyeron a preparar la atmósfera intelectual en que habrían de germinar las nuevas ideas; cabe recordar algunas figuras extranjeras que han influido decisivamente en la maduración de nuestro pensamiento, por sus aportaciones de métodos y doctrinas, de críticas y de información.

Uno de ellos, el más conocido por su proximidad en el tiempo y por la difusión que sus enseñanzas alcanzaron en el mundo hispánico, ha sido Manuel García Morente, que, desde su cátedra de la joven y pujante Facultad de Filosofía y Letras de Tucumán, nos legó un modo de filosofar y una técnica de transmisión del saber en sus *Lecciones preliminares de filosofía*, importantes, además, porque muestran un aspecto decisivo del desarrollo de su propio pensamiento.

Más alejada en el tiempo, aunque no menos importante ni olvidada por ello, es igualmente valiosa la aportación de Félix Krueger, que ejerció la docencia hace más de cuarenta años, como catedrático de Psicología en la Facultad de Filosofía y Letras y en el Seminario Pedagógico, actual Instituto del Profesorado de Buenos Aires. La lejanía en

el tiempo no ha debilitado la huella de su paso por la cátedra, y lejos de atenuar su gravitación parece haberla acrecentado. En su corta actuación, limitada apenas a un par de años, dejó Krueger, en aquellos que fueron sus alumnos, estímulos y sugerencias cuyos frutos se dejan percibir a la distancia. No es extraño, pues, que más de treinta años después de abandonar el país aparecieran, separadas por escaso intervalo, dos colecciones de estudios suyos, la que lleva por título *Estudios psicológicos*, debida al interés de los universitarios del Litoral deseosos de poner fuentes de información al alcance de los profesores secundarios de psicología, y la que lleva por título *La totalidad psíquica*, editada por el Instituto de Filosofía de la Universidad de Buenos Aires. Dos profesores argentinos —Francisco Romero y Carlos Astrada— prologan dichas colecciones, en términos por lo demás concordantes respecto a la significación de Krueger para la renovación de la psicología.

El joven maestro, que en 1907 se alejó de la Argentina, estaba llamado a suceder, al cabo de algunos años, a Guillermo Wundt en la dirección del Instituto de Psicología experimental de Liepzig, y había de ocupar más tarde el Rectorado de la misma Universidad, cargo que abandonara, ya anciano, a poco de comenzar la última guerra, y en parte por su disconformidad con el régimen político de su país, que le indujo a buscar un retiro apacible en la hospitalaria Suiza¹.

La significación de Krueger trasciende con mucho el marco limitado de su obra docente en la Argentina; su nombre se inscribe en la lista, ya profusa, de aquellos que han estimulado de un modo decisivo la renovación de la psicología actual. Esquemáticamente su contribución puede reducirse a estos términos escuetos, que, de paso, permiten apreciar la extensión y profundidad de su influencia.

Estimamos a Krueger, en primer término, por su crítica, tan honrada como implacable, a los métodos y resultados de una psicología ya caduca, desmentida por los hechos, y cuyos mismos partidarios intentaban superar por medios que no eran compatibles con los viejos supuestos, —crítica que no era menos penetrante y sutil para las nue-

¹ Allí se publicó, poco después de su muerte, el volumen *Lehre von dem Ganzen. Seele, Gemeinschaft und das Göttliche*, Verlag Hans Buber, Berna, 1948, que hemos conocido con posterioridad a esta lectura gracias a la cortesía del profesor Donald Brinkmann, de la Universidad de Zürich.

vas hipótesis, que desde sectores muy distintos se proponían como panacea para las viejas dificultades. Pero más allá del significado negativo de su crítica, asomaba un momento constructivo: contribuir por el examen libre de prejuicios de las teorías existentes y en formación al ajuste de las hipótesis y a su comprobación experimental. Krueger vuelve, así, la espalda al atomismo, que constituía la dirección más influyente desde fines del siglo xvii hasta fines del xix. Se propone elaborar y precisar la noción de *totalidad psíquica*, concebida como dato inmediato en las vivencias del hombre, con referencia a los *problemas de la individualidad y de la personalidad*. Al hacerlo señala su conexión y su diferencia con teorías afines —Dilthey y sus continuadores, la escuela de Berlín (Wertheimer, Köhler, Koffka . . .), la escuela de Gotinga (G. E. Müller), etc., las contribuciones de la escuela de Wurzburg, que se vale, de paso, de la noción de estructura al aclarar la índole de los procesos del pensar, y pisa, sin proponérselo siempre, el mismo terreno, etc.— Krueger, experto conocedor de la historia de las ideas, al trazar la genealogía de su propio pensamiento se esfuerza por confirmar, por los resultados de la investigación experimental, las anticipaciones nacidas en el terreno de la pura filosofía. Y se propone ampliar hasta los factores sociales y genético-sociales, el radio de investigaciones limitado originariamente al individuo aislado, rompiendo así con la unilateralidad individualista de épocas anteriores.

Lo psíquico, para Krueger, se da bajo forma de *todos indivisibles*: un todo indivisible es, en primer lugar, cada una de las vivencias (en especial, las afectivas); en segundo, el conjunto de todas las funciones psíquicas; en tercero, la estructura psíquica; por último, la estructura psico-física. Y, dando un paso más adelante, es preciso reconocer el todo estructural de la cultura. Después de distinguir con pulcritud y desde el terreno seguro de los hechos, las nociones de *totalidad* y de *estructura*, que sólo parcialmente se superponen, aconseja no abandonar el campo iluminado de la experiencia y dejarse seducir por vagas analogías o ceder a la confusión creada por expresiones ambiguas, como ocurriera a los propios creadores de la nueva teoría, que en su entusiasmo creyeron hallar, en el campo de la física, la corroboración de sus hipótesis psicológicas. Pero critica también, sin ignorar sus méritos, y sobre todo su significación de precursor, la orientación de Dilthey, cuyos hallazgos valiosos habrían de ser liberados de desviaciones

y agregados extraños, con que, por exigencias de las ciencias del espíritu, a cuyo servicio debía estar la psicología, se vieron mezclados en los últimos años. Y extiende también su crítica a Husserl, y en particular a su teoría, ejemplo de minucia analítica, en que distingue con rigor los componentes reales e ideales de las vivencias intencionales. Reclama una aclaración de la peculiaridad lógica de las leyes estructurales, rechazando la interpretación fisicista, que las asimila a la legalidad natural. Reconoce la aportación de Spranger, con su tipología de las actitudes anímicas totalitarias y de los dominios culturales, pero censura su inclinación a describir con excesiva unilateralidad formas de vida de la alta cultura especializada de épocas recientes.

Uno de los aspectos más originales de la obra de Krueger, y aquel por el cual se recuerda su nombre con más razón, se refiere a sus investigaciones sobre la *vida afectiva*. Los sentimientos constituyen la porción más viva y entrañable de nuestra existencia: el hombre busca con ansia emociones, en el trabajo, en el juego, en empresas arriesgadas, en el ejercicio sutil y porfiado de la inteligencia, sin contar con que el propio enfermo halla fruición en emociones que consisten en el goce de sus mismos sufrimientos. Y el hombre que vive sus emociones como producto de su estado psico-físico, no se satisface con su fugacidad. "Todo placer —decía Nietzsche— quiere eternidad". El hombre se afana por buscar sentimientos duraderos y bien estructurados.

No es extraño, pues, que el mundo de los sentimientos, tan decisivo para la vida humana, y que por su índole íntima y profunda se resiste al análisis científico, hubiera merecido la atención preferente de Krueger, quien asignaba a lo emotivo un alto valor, no sólo porque los sentimientos envuelven e impregnan los restantes fenómenos, sino porque ellos delatan la estructura entera del mundo interior.

En su estudio de 1928, como en el que había publicado diez años antes, anota que los sentimientos no sólo parecen desafiar todo intento de ordenación, sino también de señalamiento de límites, por su labilidad, su inconstancia, su fragilidad, aparte de que un complejo emotivo pierde en firmeza de líneas e intensidad en la medida en que se le somete a la tortura del análisis. Los sentimientos no sólo no son indiferentes, sino que tienden a dilatarse por la conciencia entera, y todo estado momentáneo se halla como sumergido en su atmósfera.

En su descripción, tan sobria como precisa, Krueger distingue tres

caracteres: la *universalidad*, la *riqueza cualitativa* y la *mutabilidad* y la *labilidad*, susceptibles de ser advertidas por cualquier observador desprevenido y atento. En contraste con las direcciones intelectualistas, que supeditan la afectividad a la vida representativa, subraya Krueger atrevidamente el *antecedente afectivo de todo fenómeno psíquico*: todas nuestras vivencias vienen precedidas por una orientación afectiva de la psique, y aunque este sentimiento difuso dure breve tiempo, las vivencias que nacen de él quedan marcadas con su sello. Añádese a esto la riqueza cualitativa, que consiste en la gama variada de colores vivenciales concretos, que se resiste, en razón de su misma riqueza, a una descripción exhaustiva. Y por último, advierte que los sentimientos se modifican con mayor facilidad que los demás estados psíquicos, y enuncia, con carácter de ley, que la conciencia percibe más fácil y exactamente los cambios que afectan al complejo que los que sólo inciden sobre las partes del mismo.

Una vez más, y como un caso particular del conflicto entre la cabeza y el corazón, tan viejo y tan actual, muestra el menoscabo que resulta para la plenitud del sentimiento cuando se lo somete a la violencia del análisis, en cuyo curso sus perfiles se desdibujan y decrece su intensidad. Pero no hay modo de eludir esta dificultad, compensando sólo sus efectos con el principio metódico que ordena tener presente la totalidad en la descripción de las partes que el análisis ha desmontado. Esta comprobación le conduce a acuñar los conceptos de *preponderancia totalitaria* y de *anhelo de totalidad*, como expresión del hecho de que cada estado psíquico posee un contorno, un ritmo, una organización, que hace de él un todo perfecto y cerrado, que a su vez tiende a restablecerse cada vez que los elementos periféricos prevalecen sobre los centrales o los momentos relativamente no acentuados predominan sobre los acentuados. Nuestra conciencia no sabe de estas relaciones por vía analítica, sino por *vía afectiva*. Antes de que atinemos a razonar sentimos la desarmonía, la confusión, el desajuste reinante en nuestro estado psíquico. Sentimiento que se acompaña de un ferviente anhelo, de un esfuerzo más o menos decidido de restaurar las líneas del contorno, de restablecer el orden, de restituirle el carácter de todo perfecto y de unidad cerrada. Diez años antes (1918) Krueger había publicado su investigación *La dimensión en profundidad y los contrastes de la vida emotiva*, donde se quejaba de la pobreza en resultados seguros de este capítulo de la psicología,

y analizaba la doctrina de Wundt referente al carácter polidimensional de los sentimientos: la triple polaridad de tensión y relajamiento, de excitación y alivio, de placer y desplacer. Allí adhiere, al pasar, a la teoría de la *aprehensión emocional de los valores*, que desde Lotze ha venido desarrollándose hasta Scheler, sin contar sus precedentes modernos en un Pascal o antiguos en un San Agustín. Por vía emotiva nos llegan lo decoroso, lo moralmente impropio, lo santo, lo lógicamente correcto o falta de congruencia, lo sublime, lo grotesco, lo gracioso, lo trágico, lo humorístico.

En Krueger convergen las virtudes del investigador de laboratorio respetuoso de la índole de los hechos y atento a su comportamiento, con las excelencias del filósofo que se desprende de la tiranía del hecho singular y se eleva hasta la región de las esencias. Un fragmento que he tomado del estudio antes citado, depones en favor de la amplitud de su horizonte intelectual. Al referirse a la vida emotiva, tal como la ha experimentado su pueblo y como se refleja en sus creaciones espirituales, señala sus ásperos contrastes en la mística, la filosofía, la novela, la plástica, la lírica y la música, que iluminan, de paso, su teoría emocional.

“El pueblo de Lutero —valiente y a la par rico en intimidad como ninguno— ha tropezado con dificultades gravísimas para dar con su propia forma y alcanzar su propia madurez. Desde los días de Wolfram y del maestro Eckhart viene luchando por lograr una síntesis profunda, una plena *coincidentia oppositorum* de todo lo que constituye la verdadera vida. Jacobo Böhme —el caviloso discípulo de la mística y la reforma alemana— va escudriñando todas las contradicciones que presenta el mundo para descubrir la raíz metafísica de donde brotan necesariamente. Con voz balbuciente —contenida por respetuoso temor— se atreve finalmente a declarar que el mal absoluto tiene su asiento en el seno insondable de la divinidad. Obsérvese cómo a partir de él Matías Grünewald, Durero o Rembrandt reúnen violentamente, en íntimo y orgánico comercio, lo feo, hasta la baja animalidad, con lo sagrado; cómo desde Durero hasta Hans Thoma, Gottfried Keller y Guillermo Raabe el humorismo alemán va dejando de lado la desnuda presentación en el arte de las flaquezas y pequeñeces humanas, absorbiendo estos elementos en sus ásperas armonías tragicómicas. La lírica de un Eichendorff o de un Mörike cobra acentos de religiosa unción ante el espectáculo de mundos de pensamientos tendidos vio-

lentamente entre los polos opuestos de una antítesis irreductible. La música alemana, aun cuando se acerca a la expresión de la belleza pura —la belleza rafaelina— en las melodías de Mozart y en las sinfonías y *Lieder* de Schubert, nos hace presagiar el acerbísimo e irremediable dolor de vivir, al mismo tiempo que la bienaventuranza que goza desprendiéndose de lo terreno y una honda quietud religiosa. En el sentimiento religioso tiene su raíz todo arte verdadero; así como lo tiene todo lo que el hombre hace con carácter perdurable y en pro del mejor ordenamiento de la sociedad”.

Entre nosotros, Krueger, apesar de su vinculación personal con la Universidad de Buenos Aires, ha influido sólo tardía e indirectamente. No ha tenido propiamente discípulos. Pero sus ideas se hallan incorporadas al acervo de conocimientos que recibe el alumno universitario, a quien son familiares su concepción de lo psíquico como totalidad, su teoría de los sentimientos, su crítica fecunda a las orientaciones antiguas y recientes de la psicología, su concepción de la aprehensión emocional de los valores. Sus dos libros —*La totalidad psíquica* y los *Estudios psicológicos*— que sólo en nuestra lengua circulan con ese carácter, son objeto de consulta frecuente, y a través de los informados y bien construidos Manuales de Psicología de Honorio Delgado y Mariano Iberico, primero, y de Luis Juan Guerrero, después, los resultados de sus investigaciones son familiares a nuestros alumnos del ciclo secundario.

Quizá el país esté en deuda con Krueger. Toda influencia que se recibe impone también deberes: no sólo su aceptación pasiva y cómoda, su incorporación respetuosa y dócil al conjunto del saber, sino su asimilación activa: apropiarse los métodos, corregirlos si fuere menester, y proseguir la investigación allí donde se detienen los resultados del maestro, los que han de ser repensados desde sus supuestos, a fin de poder ser convertidos en un tesoro vivo de incitaciones. En la vida intelectual argentina late, cada vez con más violencia, un imperativo de autonomía: el deseo de llegar a ser nosotros mismos, imprimiendo a las aportaciones y sugerencias extrañas el sello de nuestra personalidad.